

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

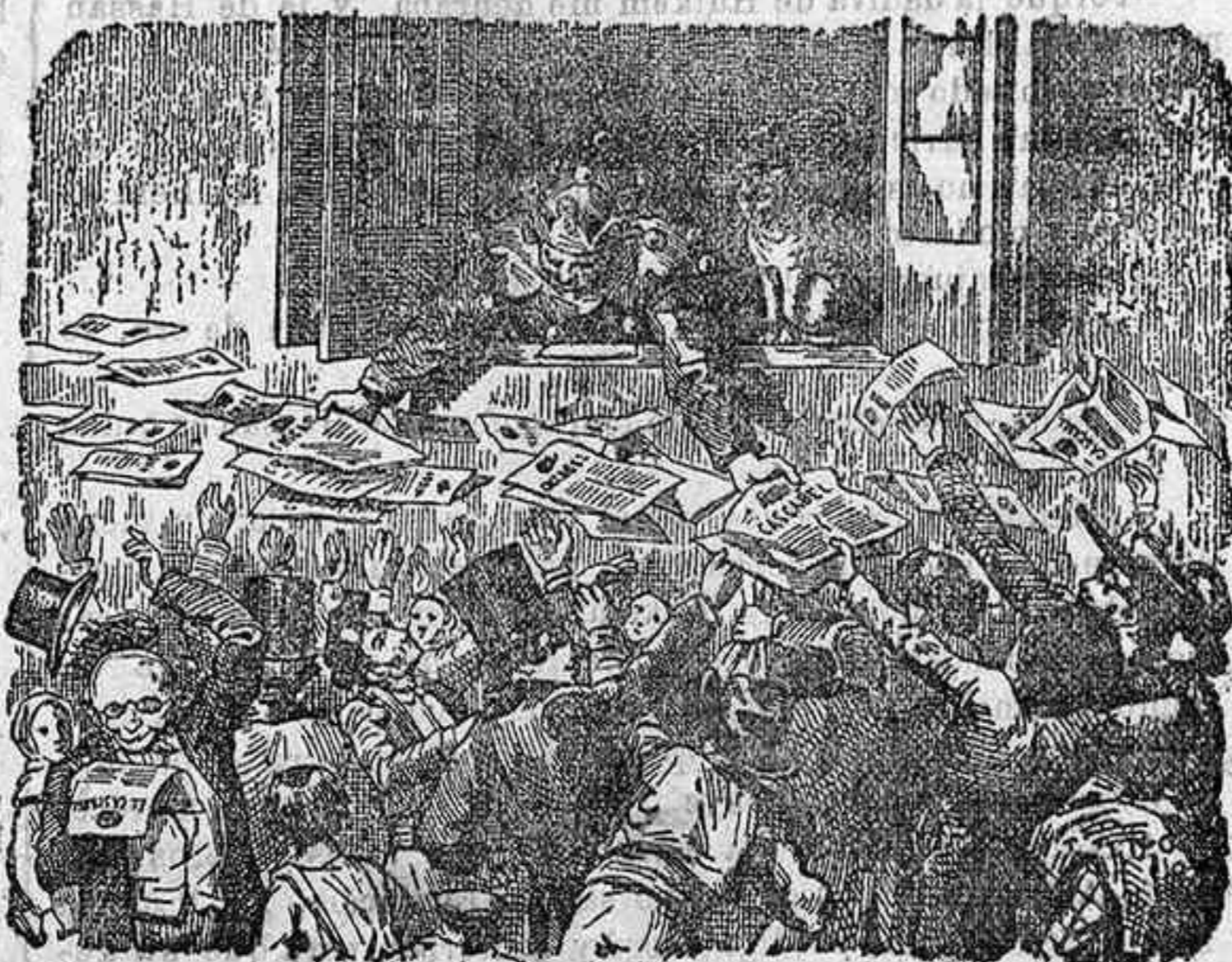
PRECIOS.

MADRID.
 Tres meses 9 rs.
 Seis id. 16 "
 Un año 30 "

PROVINCIA.
 Tres meses 10 rs.
 Seis id. 18 "
 Un año 34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.
 Tres meses 22 rs.
 Seis id. 38 "
 Un año 74 "
 Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
 Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria calle de la Habana, núm. 100.
 AMERICA.
 Seis meses 33 rs.
 Un año 70 "
 FILIPINAS.
 Seis meses 60 rs.
 Un año 140 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

Pues señor, seguimos sin novedad, aunque le parezca mentira á D. Luisito, el democrata, el progresista, el moderado, el neo, el demonio, en fin, á juzgar por los brincos, saltos, zapatetas, cambios, quiebrós y toda clase de equilibrios que ha hecho en su provechosa vida pública.

Se ha hecho una revolucion radical en un dia, y no ha sido la revolucion la que ha causado el lamentable derramamiento de sangre, sino la temeraria terquedad de una pobre gente que al verse perdida ha querido arrastrar en su caída á muchos infelices para dejar así todavía mas amargo recuerdo.

Ahora vamos á constituirnos, ahora vamos á establecer un sistema de gobierno que, si ha de ser bueno, tiene que ser forzosamente lo contrario de lo que han sido los anteriores gobiernos.

El país va á darse un gobierno á su gusto, y será la primera vez que el país haya hecho su regalado gusto.

Si quiere monarquía, tendrá monarquía con un rey que yo no sé de dónde vendrá, ni á mí me hace la mayor falta, hablando en puridad.

Si quiere república, tendrá república, y será este el país único en que se haya establecido este sistema sin que cueste torrentes de sangre.

Yo, en arreglándose pacíficamente las cosas, no me opongo á que tengamos rey, y repito que á mí no me hace falta, porque no he de ser cortesano de ninguno, ni tampoco á que tengamos república con su presidente y demás aparato; aquel gobierno que mas prosperidad dé al país, será para mí el mejor; puesto que á eso solo se reduce mi deseo, toda vez que para mí obsequio particular no he de pedir á ningún gobierno el menor destino.

Si el gobierno es bueno, ya sabré yo buscarme la vida.

Si viene un rey, de fijo será un buen sugeto, porque me parece que ya no está el pueblo español de humor de tolerar sentado en el trono á un señor que hoy diga una cosa y mañana otra, que se vaya á picos pardos, que haga mangas y capirotés de la Hacienda, que se rodee de una camarilla intrigante y egoísta, que le importe un comino se fusile á medio mundo, y en fin, que no sirva mas que de estorbo, porque, francamente, para ser un estorbo maldita la falta que hace S. M.

El rey que aquí venga á tener el honor de gobernarnos, tiene que ser constitucional, liberal, económico, arreglado, buen hijo, buen esposo, si es casado, buen padre, si tiene hijos, y en fin, un caballero apreciable en toda la estension de la palabra.

No ha de hacer que las gentes se arrodillen para besarle la mano, ni ha de llamar de tú á nadie (lo que es á mí de fijo que no me llamará de tú ni de usted tampoco, porque no le pienso incomodar); no ha de tener ridículos besamanos, ni ha de gastar cuarenta ó mas coches y una infinidad de caballos, á no ser que los traiga de donde venga, ni ha de vivir completamente divorciado del pueblo, rodeado de hombres muy graves, siempre doblados, siempre con la boca abierta de puro asombro, y diciéndole

siempre que es un sol, aunque sea mas feo que yo, ó que es un sabio, aunque no sepa donde tiene su mano derecha; no ha de ser fanático, sino cristiano, temeroso de Dios y hombre de conciencia, protector de los buenos, que cumpla con la iglesia y con su deber, y que sea el primero en sacrificarse por el bien del país.

Si una camarilla trata de imponerle contra la voluntad del pueblo bueno y honrado, quiero que envíe un comunicado á los periódicos, descubriendo las intenciones de sus enemigos.

Si se le presenta una poetisa pidiéndole dinero para publicar un tomo de poesías dedicado á Sor Patrocinio, ponga por caso, quiero que la regale, en vez del dinero, un juego de agujas de hacer media.

Si algun gracioso le quiere divertir con bufonadas para sacarle los cuartos, quiero que por único auxilio le de una carta de recomendacion para los bufos, donde le podran colocar de *suripanto*.

No ha de tener muchos y malos servidores, sino pocos y buenos, todos gente honesta, modesta y dispuesta á vivir con su sueldo, sin meterse en mas dibujos.

En fin, yo quiero un rey modelo para España, que no consienta ambiciosos favoritos, ni tolere abuso alguno, ni deje de ocuparse un momento en el bien del país, viendo por sí mismo las necesidades de este, y oyendo á la opinion pública antes que á sus consejeros.

Si encuentran Vds. persona de estas condiciones, envíenmela con el ordinario para presentarla al país.

Si el pueblo soberano, representado en las Cortes, eligiera república, entonces será preciso que antes se le haga entender bien claro á todo el mundo que república no es anarquía, que no es tampoco eso de repartir los bienes, ni de hacer cada cual lo que se le antoje, porque si se entendiera de este modo, tendríamos que emigrar todos de este país, y dejar solo en él al Presidente de la República para que se divirtiera en gobernar á las ranas.

Aquí se ha asustado á la gente con eso del repartimiento de bienes; pero no hay tales carneros. El respeto á la propiedad, á la familia y á la religion, tiene que ser en España la base de todo gobierno, y nadie quiere quitar al vecino lo que tiene ganado por sí legítimamente ó por sus padres ó por sus abuelos.

Pero no hablemos de nada de esto, que ya sabrán los representantes del país elegir el sistema de gobierno mas propio, teniendo en cuenta el estado de instruccion de España, sus sentimientos y sus necesidades de todo género.

El sistema de gobierno que se nos dé por los hombres de la revolucion, ha de ser siempre mejor que el que ha sido causa de esa revolucion que, gracias á Dios, á la firmeza de los iniciadores de ella y á la sensatez del país no se ha convertido en una guerra civil.

Es indudable que se harán esfuerzos para producir divisiones y trastornos, pero la union constituye la fuerza, y las lecciones de la esperiencia no dejarán de ser provechosas.

Ahora que van á hacerse elecciones para las Cortes constituyentes, es cuando se nombrarán diputados verdaderamente patriotas é independientes.

Es preciso que vengan á las Cortes hombres de reconocida moralidad y honradez, cuya vida privada sea de tal naturaleza, que no haya en ella la mas ligera sombra, la mas leve mancha. Los elegidos diputados á Cortes deben jurar solemnemente no aceptar destino alguno del gobierno, y lo primero que las Cortes deben hacer es proclamar la incompatibilidad absoluta entre el cargo de diputado y todo destino retribuido.

Solamente así podrá ser el Congreso legítima y solemne y respetable representacion del país.

Para no parecernos en nada á lo pasado, es indispensable que se haga todo lo contrario de lo que se ha hecho bajo la dinastía que, por sus culpas y las de sus consejeros, se ha derrumbado para siempre.

Combatir la empleomanía, fomentar la instruccion del pueblo, destruir sus preocupaciones y alentarle en el camino de la honradez y el trabajo, hé aquí la grata salvadora mision de los poderes del Estado, entre los cuales ya podemos colocar á la prensa, libre de la opresion estúpida de insensatos gobernantes.

Esto es mas importante que aprender la táctica y pasar el tiempo en revistas y guardias.

Consumada la revolucion, asegurada la tranquilidad y organizado el gobierno, las armas deben guardarse en casa, porque las armas siempre son la razon de la fuerza, y aquí es preciso que sobre las armas domine la fuerza de la razon.

Abrir escuelas, premiar á los buenos maestros, hacer que los ignorantes no quieran serlo mas tiempo, es lo que debe procurarse para que la estadística que se haga dentro de algunos años pueda demostrar para nuestra gloria que la mayoría de los españoles sabe leer y escribir.

Y con esto no canso mas al discreto lector, y con espresiones á aquel *sabio* que dijo aquello de

¡Ah! ¡jóven que estás bailando,
 al infierno vas saltando!
 me retiro á mi rincon, á preparar el número del domingo próximo.

¡INGRATA!

La sangre vertió á torrentes por la ingrata el pueblo hispano con aliento soberano que asombro fué de las gentes.

De aquella guerra cruel, que ensangrienta nuestra historia, todos conservan memoria, todos... menos Isabel.

Ella sola la olvidó, que nació con alma ingrata, y hoy el pueblo le arrebató la corona que le dió.

Fué la libertad bendita
la que la ciñó á su sien,
y es la libertad tambien
la que ahora se la quita.

Justicia de Dios ha sido
que su ingratitude castiga...
¡Que se arrepienta y bendiga
al pueblo donde ha nacido!

Que si al fin en son de guerra
contra ella el pueblo se alzó,
alzóse cuando la vió
cerca de extranjera tierra;
que no quiso en su hidalguía
castigar con mano fuerte
á aquella que de tal suerte
le humillaba y le oprimía.

No hubo reina más amada
entre las reinas del mundo,
mas hoy con desden profundo
la vemos abandonada.
Y á los ojos viene el llanto,
¡oh! ¡reina ingrata! al pensar
que hizimos mal en amar
á la que nos odia tanto.

¡Y aun rencorosa y airada
quisiste al trono volver!..
¡á perderte y á perder
á tu patria, desdichada!

¡Oh! no, mil veces y mil!
paz queremos, libertad,
progreso, moralidad,
mas no la guerra civil.

Llora, reina sin corona,
y que Dios no te abandone,
y piadoso te perdona
como el pueblo te perdona.

No hay rencor en nuestros pechos.
Justicia en tí hizimos ya,
y la historia contará
tus hechos y nuestros hechos.

HULKEM.

Cuento Oriental.

Y así lo hicieron: cuando mas distraído iba el anciano, con ademán amenazador se le presentaron los servidores de su bienhechor y bien á pesar suyo les entregó la bolsa que acababa de recibir, diciéndoles que era una dádiva del poderoso Hassan. Pidiéronle tambien el vestido, y no opuso gran resistencia á entregarlo; pero arrojándose á los pies de los esclavos, les suplicó llorando como un niño, que le dejaran por toda riqueza una sola moneda de oro que tenia guardada en una de sus sandalias.

El anciano, al verse mendigo otra vez, exclamó:

—¡Bendito sea Dios! ¡A lo menos me han dejado mi moneda de oro.

Hassan, testigo oculto de aquella escena, salió á encontrarle, y le dijo le refiriese los detalles de aquella aventura, y no le ocultase el motivo de tener en tanto aprecio la moneda de oro que habia reservado.

—¡Oh! le respondió el anciano; esa moneda es un presente del sensible, del piadoso Hulkem... Acababa de saber la muerte de mi hijo, cuando un día fué á visitarme Hulkem, y lloró conmigo la muerte del desgraciado mancebo.

—Yo tambien, me dijo, he perdido el mio; uniremos nuestro dolor, y así podremos soportarlo mejor. Ven, ven á mi casa: allí te esperan los consuelos de la mas pura, de la mas desinteresada amistad. Sígueme; mi hija y yo llenaremos en cuanto cabe el vacío que deja en tu corazón la muerte de tu pobre hijo. Objeto de los mas esquisitos cuidados de su generosa hospitalidad, estuve dos noches en casa de Hulkem, y aquellas noches fueron las primeras en que gusté las dulzuras de la tranquilidad.

Cuando iba á partir de aquel lugar de consuelo, Hulkem me preguntó si mi hijo se llamaba Abid; y habiéndole yo contestado afirmativamente, exclamó:

—¡Bendito sea Dios! que aún me ofrece ocasion de darte otra prueba de mi amistad; y me puso en la mano una bolsa que contenia cien monedas de oro. Tómala, me dijo, tu hijo me confió esa cantidad momentos antes de partirse para Persia, y me encargó que te la entregara si por acaso él no volvía al hogar paterno. Yo me apercibí de aquella falsedad: era un pretexto para hacerme aceptar la suma sin herir en lo mas mínimo mi delicadeza, y le aseguré que mi hijo no poseía al emprender su viaje á Persia tanto dinero.

Aun me hizo pasar otra noche en su casa el buen Hulkem, y á la mañana siguiente vi que entre los pliegos de mi turbante habia puesto aquellas cien monedas de oro que el día antes no habia conseguido que yo admitiera. Tomé solamente una de las monedas, y coloqué el resto debajo del cojín que me habia servido de almohada, y nada quise decirle, imitando así su estrema y noble delicadeza.

—¿Y bien?... preguntó Hassan: ¿por qué has devuelto sin dar grandes muestras de sentimiento las cien monedas de oro de Hassan, y te obstinabas en reservar esa única de las que no quisiste recibir de Hulkem?

—Porque la dádiva de Hulkem me honraba, y la de Hassan me humilla. En la casa de Hulkem, yo era como en todas un pobre; pero todo contribuía á hacérmelo olvidar: en la de Hassan, todo me advierte de la distancia que nos separa á uno de otro. Hassan no es mas que espléndido y justo, pero Hulkem es benéfico y modesto.

—¡Cuán injusto eres! exclamó irritado Hassan.

Y arrojando á los pies del anciano una bolsa llena de oro, se alejó diciendo:

—¡Toma, miserable! Aunque le has ofendido, Hassan es quien te la dá.

—¡Cómo! exclamaba despues al volver á su palacio; un mendigo tiene en poco mis beneficios, y prefiere la muerte á la pérdida de una vil moneda de Hulkem!... ¡Oh! me ha dado una leccion que no dejaré de aprovechar... No se ha de decir que un hombre como yo, poseedor del mas magnífico palacio de Oriente y dueño de mil esclavas que quisieran para su serrallo los mas poderosos califas, no concluye por ser tan dichoso como merece.

Hassan desde aquel día empezó á hacer á los viajeros una acogida mas lisonjera; él mismo salía á recibirlos, los llamaba sus hermanos y les prodigaba oro y pedrerías, para que su generosidad fuese cada vez con mayor entusiasmo preconizada. Sentado estaba un día á la sombra de sus magestuosas palmeras, cuando llegó á distinguir un hombre, dominado al parecer por un profundísimo dolor.

—La fortuna me lo trae, se dijo: ese infortunado necesita auxilio sin duda. ¡Cuán feliz seré si hago que dentro de poco no nublen su frente las sombras del dolor.

Sin embargo, el viajero pasaba sin que pareciese haber fijado su atencion en el maravilloso palacio de Hassan: este en tanto, contrariado por aquel desden, sale á su encuentro, le habla y le pregunta la causa de su tristeza.

—Yo me llamo Helim, responde el viajero, y en mi estais viendo el hombre mas desdichado de la tierra. Posee una esposa la mas bella, la mas envidiada de Bagdad; sus virtudes me habian hecho amarla con verdadero frenesí: ella era la felicidad de mi vida. Pero Ibrahim, el odioso favorito del califa, enamorado de ella, tuvo la imprudencia de ofrecirme mil marcos de oro en cambio de mi adorada, de mi buena Selina; yo desprecié esa infame proposicion, y el miserable ha cometido el crimen de robarla de mi hogar sin que mis gritos, mis sollozos y mi desesperacion hayan conmovido su corazón de roca. Quise quejarme al califa; pero el verdugo de mi felicidad me hizo aparacer á sus ojos como cómplice en no sé qué atentado supuesto y me desterraron de Bagdad.

—Consuélate, le dijo Hassan, y sígueme, que voy á devolverte la felicidad.

Y condujo á Helim á su harem.

—Vé y elije, le dijo, la que pueda hacerte olvidar á tu esposa; es tuya.

—¡Oh! ¡cuán poco conoceis lo que es el amor! exclamó tristemente el apenado esposo: y la belleza puede en efecto, halagar los sentidos, pero las virtudes, las cualidades del alma, los tiernos y buenos sentimientos son únicamente los que ejercen influencia en los corazones sensibles, y para el amor nacidos.

—Aun tengo, repuso Hassan, otros medios de devolverte á la mujer á quien amas; permanece en mi palacio no mas que dos dias; un amigo leal te lo suplica.

Hassan ofreció al malvado Ibrahim la mas hermosa de sus mujeres, si quería devolver la de Helim á este desgraciado esposo; pero por toda respuesta, no obtuvo mas que una severa prohibicion de mezclarse en asuntos que no fueran de su pertenencia, y la amenaza de ser cruelmente castigado si insistía.

(Se continuará.)

CASCABELES.

Ahora se suprimirán los coches pagados por el Estado, que bajo el régimen anterior tenían los ministros, subsecretarios, directores, gobernadores, etc.

El que quiera tener coche, que lo pague.

Suplicamos á la Junta de Gobierno que disponga puedan remitirse libres de pago de correo á las provincias los libros.

Suplicámosla tambien que suprima el pago de un cuarto por cada carta, y que rebaje el precio del timbre de los periódicos.

Suplicamos á la Junta de gobierno que se entere del expediente formado para la venta de la Imprenta nacional, del inventario que se hizo de los efectos, de precio en que hayan sido vendidos estos efectos, y de todo lo que tenga relacion con el mismo asunto.

¿Se ha quitado la inscripcion *A Fernando el Desoado*, que existía en la llamada Fuentesilla de la calle de Toledo? Aquel letrerito me ha parecido siempre muy ridiculo.

Tambien debo recomendar la inscripcion que existe en la Puerta de Toledo.

El nuevo ministro de Fomento debe procurar ante todo mejorar la situacion de los maestros de instruccion primaria mezquinamente retribuidos, y obligar á los municipios á que les tengan las consideraciones que merecen.

Con muchas economías que se harán en otros servicios, se puede aumentar el sueldo á esa dignísima clase.

Preparamos muchos y variados originales para el periódico, sin olvidar la continuacion del poema *Todo el mundo*.

El CASCABEL continuará siendo mas literario que político, y cuidando con singular esmero que no haya en él una sola frase que pueda ser interpretada maliciosamente. El CASCABEL aspira

hoy, como siempre, á poder ser leído por las personas de todas edades y de todas las clases.

Naturalmente, libres ahora de la odiosa censura fiscal, daremos mas interés de actualidad al periódico, y no dejaremos de dar nuestra humilde opinion sobre los acontecimientos que se sucedan, sin olvidar los cuadros de costumbres y las demas materias que nuestros antiguos suscritores tienen costumbre de ver en estas columnas.

Ya han llegado á Madrid todos ó casi todos los periodistas emigrados y condecorados á muerte. Que vivan cien años, lo menos, en la mayor tranquilidad y en compañía de sus familias, que habrán sufrido mas que ellos seguramente, es lo que sinceramente les deseamos.

Retrasamos quince dias ó veinte la publicacion del *Almanaque*, para incluir en él algo alusivo al gran acontecimiento de la revolucion.

No ha resultado cierto que haya habido en Málaga escosos ni saqueo por los revolucionarios. La revolucion ha sido en todas partes honrada y justa.

Serrano, Prim y Olózaga serán los jefes de la nacion hasta que las Cortes determinen. Mucho espera de ellos el país.

Se ha suprimido la facultad que tenían los senadores y diputados de no poner sello en las cartas que escribian.

Me parece muy bien, con tal de que no vuelva á restablecerse aquella franquicia.

Habia diputado que echaba en el buzón del congreso sus cartas, las de su familia, las de sus amigos y bienhechores, las de su patrona y hasta las del aguador.

Se ha hablado de un manifiesto que iba á publicar la persona que ha ocupado en España la mas elevada de las posiciones. ¡Manifiesto tardío é inútil!

Una vida pública y privada, sin tacha, hubiera sido el mejor manifiesto.

Se ha suprimido, segun dicen, la alcaldia correjimienta de Madrid y se hace una economía de 200.000 rs.

Con tal que no vuelva á restablecerse luego, aplaudimos la medida.

¿Y la edicion aquella de la traduccion de la *Divina Commedia* hecha por el conde de Chestre?..

Ahora es ocasion de publicarla, porque de fijo reúne una suscripcion enorme.

Las Novedades censura la intemperancia noticiara que le ha entrado á *La Correspondencia*.

Es verdad; este periódico, por dar noticias, es capaz del mejor día de decir que Gonzalez Brabo se dirige sobre Madrid con Orovio y un ejército de cincuenta mil mosquitos.

Se nos ha iniciado en el secreto de una gran conspiracion. Don Sebastian, que, como todo el mundo sabe, canta de tenor (y en la mano tambien), intriga tomando el nombre de Sebastian Braganzini, para ser contratado en el teatro de la ópera de Madrid.

Si lo consigue, una noche que se cante la *Hebra* ú otra ópera que necesite de mucho acompañamiento, sublevará á los coros, y puesto á la cabeza saldrá cantando la *pitita* y tomará el Palacio, donde se instalará y se proclamará dictador.

Tambien Toledo se pronunció, y eso que era diputado por allí el amigo Necedal.

La reposicion de los catedráticos de la Universidad que fueron distituidos, es un acto de justicia que aplaudimos.

El Barbero del Siglo se refunde en *La Opinion Pública*, nuevo periódico político al que deseamos prosperidad.

El general Serrano antes de entrar en Madrid, fué á visitar al marqués de Novaliches, que se halla herido en Pinto.

Esta noble accion del general Serrano hace honor á sus levantados sentimientos, y con ella ha demostrado que el general Pavia es un valiente é hidalgo militar, digno del aprecio de los buenos, aunque se haya visto en la precision de combatir por una mala causa.

El general Pavia desaprobaba hacia mucho tiempo la conducta de la persona por quien se ha batido; habia separado á su respetable señora del palacio, y todo su afan era retirarse de la política, protestando así contra los abusos del poder y el proceder de aquella persona.

Un sentimiento de honor le llevó mandando las tropas contrarias á las del general Serrano, pero en el fondo de su corazón sentía seguramente que la razon estaba enfrente de él en el campo de batalla.

Estamos seguros de que si, como todo el mundo desea, el general Pavia se salva, no se le confundirá de ninguna manera con los generales de la causa vencida, que se han conducido de muy distinto modo.

El general Pavia se salva, no se le confundirá de ninguna manera con los generales de la causa vencida, que se han conducido de muy distinto modo.

El general Pavia se salva, no se le confundirá de ninguna manera con los generales de la causa vencida, que se han conducido de muy distinto modo.

El general Pavia se salva, no se le confundirá de ninguna manera con los generales de la causa vencida, que se han conducido de muy distinto modo.

Sentimos no poder insertar el soneto que hemos recibido firmado por un liberal.

La intencion es muy buena, pero el soneto carece de condiciones literarias.

El Español, defensor del ministerio del Guirigay, ha suspendido su publicacion por ahora.

Ya saldrá; esperará órdenes y original de su amigo el funesto Gonzalez, á no ser que este se resuelva á no ocuparse en la cosa pública, y si solo en comerse el dinerito que habrá reunido, como era tan económico y arregladito.

Nadie habla palabra del señor de Orovio, el ministro de Hacienda mas ignorante é inepto que han conocido las edades, ni del señor Belda, ministro de Marina, cuyos conocimientos y servicios en este importante ramo, se reducian á haber sido escribiente en el ministerio de que luego fué jefe.

Tiempo es ya de que cuando haya de nombrarse un ministro, sean nombrados hombres de ciencia y saber y virtud, hombres cuya probidad sea universalmente conocida, hombres sin trampas, ni lujo, ni relaciones ilicitas, hombres que nunca hayan hecho traicion, que siempre se hayan distinguido por su modestia y su desinterés, y por su intachable vida privada.

Si no se hiciera así, nada habríamos adelantado.

Vigílese el peso del pan; procúrese la rebaja de los artículos de primera necesidad; dése trabajo á los jornaleros; socórrase á la indigencia.

Dicen algunos colegas que un periódico empieza á hacer política dinástica.

Hace muy mal. La política que hay que hacer en estos momentos es de union, de armonía, de caridad.

El hombre es mas que la mujer, pero la mujer es mejor que el hombre.

En Paris el dia 2 fué destrozado un gran retrato de la persona que ocupaba en España la mas elevada posicion, y los agen-

tes de policia lo hallaron en la calle en un estado deplorable. Recogido por estos, fué trasladado á la inspeccion de policia del Teatro italiano.

Parece que era una pintura de gran mérito artístico.

La Junta suprema revolucionaria de Madrid ha dispuesto sean depositadas en el Banco de España las alhajas de pedrería preciosa de la virgen de Atocha, á peticion de la escellentísima señora camarera duquesa viuda de Híjar y del señor rector de la Basílica; habiendo tenido la deferencia de acceder á ello nombrando al señor don José Cristóbal Sorni, vocal de la misma, para que acompañase al señor rector para la realizacion del depósito que ha tenido lugar en el dia de ayer; despues de haber hecho un riguroso inventario con presencia del libro de donaciones, autorizando el espresado inventario dos notarios públicos. Hechos de esta naturaleza honran mucho á la Junta de Madrid.

JUICIO DE DOÑA ISABEL DE BORBON.

Como documento de actualidad y de gran interés en las presentes circunstancias, insertamos el siguiente Juicio, que aunque ha circulado por Cádiz con alguna profusion, suponemos que será desconocido para la mayor parte de nuestros suscritores, tanto por las severas apreciaciones históricas que contiene, cuanto por la autorizada pluma de que procede.

Es el siguiente:

«No pretendemos insultar á doña Isabel de Borbon, último individuo de la casa de los Borbones, como Carlos II el Hechizado fué el último rey de la casa de Austria. Es verdad que por ella nos consumimos en el destierro: es verdad que por ella vemos caido y afeado el noble pueblo en que nacimos, y en que están enterradas las cenizas de nuestros mayores: es verdad que por ella hemos oido el disparo aleroso que mataba á nuestros hermanos: es verdad que por ella hemos oido clamar á las victimas, y crujir huesos, y humear sangre, y nublarse el sol, porque la sangre humana empaña la luz: es verdad que por ella

hemos oido el grito horrible de una mujer que cayó sin sentido en el suelo, al escuchar que una voz le decia: «tu hijo ha sido fusilado»; todo esto es verdad, y sin embargo, procuraremos contener nuestro enojo, para que no se diga que faltamos al miramiento que todo hombre bien nacido debe á una señora. Es verdad, tambien, que podria decirse que cuando una señora no se acuerda de lo que la señora se debe á sí misma, cuando una señora mancilla la honra de una nacion, cuando una señora pierde á un pueblo, ese pueblo tiene el deber imprescindible, de aproximarse á ella y decirle: «mujer, ¿qué haces?» Y á pesar de todo, hemos resuelto no ser sañudos con la que fué reina de España, por lo mismo que es tan criminal. El juez equitativo no debe ensañarse con el reo. Basta hacerle presente su delito y leerle el fallo; sobre todo, leerle el fallo.

Isabel de Borbon, vamos á cuentas; pero para ajustar estas cuentas, que son una deuda de tu pasado, de tu presente y de tu porvenir, no has de presentarte ataviada con tus galas lascivas. ¡Basta de festines! ¡Basta de delirios! ¡Basta de fiebre! En este juicio has de comparecer vestida de negro. Vestidos de negro comparecen hoy ante la historia, Luis XVI, Carlos X, Fernando de Nápoles, Fernando VII, tu padre, y Carlos el faccioso, tu tio, Isabel de Borbon, en los malos reyes no todo es reinar. Isabel de Borbon, los españoles pueden pasar sin ti: pueden pasar tambien sin tu raza. ¿Qué eres tú, que es tu raza sin los españoles? Isabel de Borbon, ¿has comprendido que diez y seis millones de criaturas han visto la luz para que tú las asesines y las deshonres?

Isabel de Borbon, ¿has comprendido que ese Dios que te niega la ciencia y la virtud, y una virtud que es virtud y ciencia, ó una ciencia que es ciencia y virtud, y que el cristiano llama caridad, ¿has comprendido que ese Dios que te niega la caridad (y no puede negarse mas á una mujer que es madre) ha podido darte el señorío absoluto de diez y seis millones de criaturas? Isabel de Borbon, acude vestida de negro, y atiende.

Tú has creido, sin duda, que los liberales fueron asesinados, y que tú has quedado sana y salva. ¡Ah no! Isabel de Borbon, la tierra está mas cerca del cielo; está mas cerca de la tierra. Isabel de Borbon, la ley humana llega mas abajo y mas arriba. Isabel de Borbon, que firmaste la sentencia del hijo de la madre española, firmaste tu sentencia y la de los tuyos.

Isabel de Borbon, la que no perdona al hijo de otra madre, no tiene el derecho de pedir perdón para su hijo. Y hé aquí como por medio de estos arcanos adorables, creacion misteriosa y sublime que tú no comprendes y que está infinitamente mas alta que los tronos, se cumple en el mundo la verdad divina de que el primer ahorcado no es el ahorcado sino el que ahorca.

El primer ahorcado es el verdugo. El primer ahorcado en la horca de los liberales españoles eres tú. ¿Quieres hacer la prueba de que es cierto lo que decimos? Enciértrate sola en un apo-

CAPITULO VI.

Un entierro en la aldea.

Cuando la levantaron, estaba muerta. El horrible sacudimiento que sufrió aquella gastada naturaleza, le habia arrebatado la poquita vida que le quedaba.

Andrea, la pobre niña, al ver á su abuela inmóvil, tiesa, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos todavia como cuando los clavó airada en el semblante del viajero, lanzó un grito desgarrador y rompió en sollozos que partian el corazon de toda aquella gente, que participaba tambien de la pena que causaba á la nieta la muerte de su abuela, porque la viejecita era muy querida en la aldea, como que era la buena mujer un ángel en la tierra, que nunca habia hecho daño á nadie, sino todo el bien que habia podido, aunque la pobre era grandemente pobre; pero no hace bien solamente el que da socorros pecuniarios, que tambien lo hace el que da consuelos y buenos consejos.

Y era fama que de casa de la tia Torda siempre habia salido consolado el que fuera á contarle sus cuitas.

Y luego, interesaba profundamente á todos aquel amor entrañable, lleno de abnegacion y sacrificios, que tenia á la pobre niña sin madre...

Así es, que pasado el primer momento de asombro, que siempre asombra y espanta una muerte repentina, y el hombre mas soborbio en presencia de esta tremenda prueba del poder de la Omnipotencia, se siente sobrecogido y anonadado, todas las mujeres rompieron á llorar, y todos los hombres clavaron instintivamente la mirada en el viajero, que como un reo confeso de un gran crimen, estaba allí inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin atreverse á alzar los ojos, sin rezar, sin llorar.

Era, por fin, aquel un hombre que no tenia conciencia de lo que pasaba.

La gente del pueblo le miraba ya con prevencion, casi con odio, y su amigo el sacristan veterinario empezaba á escamarse, como han dado en decir ahora los escritores satiricos, de los cuales ha caido una nube sobre esta bendita tierra.

El número de los graciosos aumenta considerablemente cada dia. Esta es una generacion llena de gracia y sal y pimienta.

El sacristan fué el primero en pensar que allí habia que hacer algo mas que afligirse y estar mirando el cadáver de la anciana, y envió un pelon á buscar al señor cura, para que

CAPITULO V.

La tia Torda acaba de padecer

Llegaron el viajero, su guia y su séquito á la casa de la tia Torda, y el sacristan se adelantó cautelosamente, de acuerdo sinduda con el desconocido, levantó el picaporte de la puerta, y entró, dejándola entreabierta.

—Buenos dias: la paz de Dios sea en esta casa, dijo á la pobre anciana.

—Con el vengas, Higinio, dijo esta levantando la cabeza y con una voz triste y apagada.

—Vaya, ¡qué diablos! ¿para cuándo es la entereza?... dijo el sacristan, viendo el angustioso estado en que se hallaba la venerable vieja... Ya tendrá V., si Dios quiere, otro buey, que tras un tiempo viene otro, y Dios mejora sus horas.

La vieja movió tristemente la cabeza, como quien no fia mucho en el supremo consuelo de todos los afligidos, que es, segun todos los autores, la esperanza, y el sacristan continuó:

—Calle V., señora,—aunque la pobre no habia hablado una palabra,—que puede que á estas horas, Dios le haya enviado ya el remedio de todos los males.

—El remedio de mis males seria la muer-

te, contestó la anciana, si no quedara sola en el mundo esta niña, esta pobrecita, que no tiene culpa de haber nacido, y que acaso está destinada á ser tan desgraciada como su pobre madre, la hija de mi corazon, á quien Dios habrá perdonado.

Y rompió á llorar la infeliz, como si hubiera evocado la memoria mas triste de toda su vida.

Y lo era en efecto; pero el lector tendrá la bondad de tener un poco de paciencia si le aguja la curiosidad de saber cual era la causa de las tristisimas memorias que lastimaban profundamente el bondadoso corazon de la cuitada.

Todo se ha de andar, lector amigo, y yo te aseguro que al llegar á la última página de la novela que te escribo, sabrás lo que yo se ahora, y no te lo digo, como pudiera, en pocas líneas, porque ya hemos convenido en que el mayor interés de las novelas consiste en decir en muchas páginas y en muchos tomos lo que se pudiera decir á todo tirar en un librito de las dimensiones del Catecismo.

Yo, burla burlando, voy entrando por el camino por donde han ido y van tantos nove-

sento de tu palacio; recógete en tí misma, si te lo permiten tus placeres y tus bajos aduladores; pon un dedo sobre las úlceras de tu alma y verás cómo te estremeces. Y en efecto, debes estremecerte. Si, tienes razón para temblar. Isabel de Borbon, después de los fusilamientos en masa de Junio te fuiste á bailar á Zarauz, como si te gozaras en insultar la sombra de aquellos pobres asesinados. Baila, ríe y goza, corazón de piedra; pero sabe que hasta el ruido de tus pisadas está resonando en los nichos de los cementerios. Di, cuando bailabas, ¿no sentiste ninguna mano oculta que te tiraba de los cabellos? Pero aun no hemos tocado el punto principal de este interrogatorio. Isabel de Borbon, acércate y oye: ha llegado la hora de oír, que es como principia la hora de expiar. Acércate á nosotros sin temor de que nuestras miradas se confundan. Te juramos que no hemos de mirarte á la cara, Isabel de Borbon; contesta, ¿no eres tú la que mandas tus propias camisas á un convento, para que una monja se las ponga y las santifique? ¿No eres tú la que besas estampas, y alumbras imágenes, y te comes los santos? ¿No eres tú la que lloras y te arrodillas ante un fraile supersticioso, para que te perdone secretos obscenos, como si un pobre fraile tuviera poderes del cielo para lavar las manchas indelebles de la impureza?

Isabel de Borbon, ¿con qué fin nos das el espectáculo burlesco de estas mogigangas? ¿Lo haces con el fin de llamar á Narvaez, después de las *Matanzas del 10 de abril*, y gritarle furiosa: «¿para cuándo guardas la artillería?» Isabel de Borbon, oye: no satisfecha con los asesinatos cometidos hasta en criaturas de nueve años, muertas por la espalda (¿no te acuerdas ya? por la espalda; parece imposible que seas madre!), no satisfecha con saber que una joven esposa se había vuelto loca de dolor, querías barrer á los estudiantes con la metralla de los cañones. Isabel de Borbon, ten una vez memoria; si se pudiera reunir toda la sangre liberal que por tí se ha vertido en España, España se convertiría en un inmenso río de sangre. Reina ingrata, di: ¿no te bastaba ese río de sangre que por tí vertió el pueblo liberal contra D. Carlos, para que tú seas hoy primer carlista?

Reina ingrata, di: ¿no era bastante á saciar tu sed el espectáculo horrible de tantos liberales vendidos y sacrificados impiamente en todas épocas, porque parece que la raza borbónica no tiene manera de adorar, ni de creer, ni de servir á Dios mas que esterminando á los liberales? Reina ingrata, di: ¿no ves aquel espectro? ¿no oyes muchos gemidos? Pero no: tú no oyes, ni sientes, ni ves. Madre que no escucha otra madre, no tiene oídos en sus oídos, ni ojos en sus ojos. Esa madre de hierro es una estraña que no tiene entraña. Pero todo se paga. Isabel de Borbon!

No se sabe en dónde, cómo ni cuando, pero se paga. Acércate, sea con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo; acércate

y responde: en lugar de mandar camisas á un convento, en donde pasan fealdades que escandalizan á los libertinos, porque aquel convento es un burdel de lo que no se puede decir, aquel convento es la Pentópolis maldita de España, en donde reinan todos los vicios, hasta la torpeza de Sodoma (en tu palacio vive quien lo sabe); en lugar de enviar camisas á una monja embustera, que hoy es encubridora porque no puede ser disoluta; en lugar de besar estampas, y de alumbrar imágenes, y de llorar, y de llorar, y de arrodillarte ante un fraile estúpido, en vez de tanta abominable y mentecata trapacería, ¿por qué no fuiste una reina humana, una madre prudente, una esposa fiel y una española amante de su pueblo? Acércate, Isabel de Borbon, aunque vengas trémula y balbuceando; responde: con qué pensamiento querías que tu camisa fuese santa? ¿Para eso guardas la santidad? ¿para tu camisa? Mujer obcecada: ¿qué ha de hacer un pueblo, afrentado y perdido por tí, con la santidad de tu camisa? ¿Camisa santa y no santificas tu conciencia? ¿Camisa santa y no te acabas de saciar contra los hijos de los que te pusieron en el trono? ¿Camisa santa, reina gentil, y vendes y fusilas á los descendientes de tus defensores y mártires? Tú sueles decir: «*Salvaré el alma, ya que he perdido el cuerpo.*» Nosotros decimos: «*Salva el cuerpo, ya que has perdido el alma.*» Isabel de Borbon, no busques reliquias ni escapularios.

Para el que mata á sangre fría, riendo y bailando borbónicamente; para el que mata como tú matas, no hay Providencia. La crueldad y la alevosía no tienen Dios. Y acaso no es tuya la culpa; eres el aborto de un sueño de Fernando; aquel Fernando que no soñaba sino en ahorcar á los que vendía; aquel Fernando que no se sonreía sino cuando pensaba en cometer una traición, y se sonreía muchas veces, porque dice muy bien un historiador, que los «Borbones se ríen del mismo modo que silban las culebras;» eres hija de aquel Fernando doble, insensible, helado, sardónico, con más malicia que narices; eres hija de aquel Fernando, cuyo talento estaba reducido á lo siguiente: *traicionar y hacer burla.* y no debe estrañarse que tú seas la enemiga jurada de un pueblo tan sufrido como confiado. Tu odio hácia el pueblo es natural, como es natural que el veneno mate, pero lo dicho te explicará lo que ha de suceder muy pronto. Sí, muy pronto. Se acerca el instante en que la historia diga: «¿Qué se hizo del trono de los Borbones?» Y un pueblo leal, levantando la frente abatida y ajada, contestará á la historia: «*Aquel trono era inmundo y sanguinario y se ahogó en sangre y en inmundicia.*» Y responderá Francia: ¡es verdad! Y responderá Nápoles: ¡es verdad! Y responderá el mundo: ¡es verdad!

Huye de España, Isabel de Borbon: aun es tiempo de huir, y evita un proceso en que tendrán que aparecer crueldades y vicios, que acabarán de deshonrarnos á los ojos de Europa y el mundo. Harto lo estamos ya, tú lo sabes. Huye, vete adonde están los hijos del faccioso D. Carlos, ya que tú eres mas fac-

ciosa que todos ellos. ¿Te llama el país en que has nacido? Tú eres extranjera en tu propia nación: España no es la patria del que asesina. ¿Te llama el reinar? Tú no eres ya reina de los españoles.

Y si no abandonas un trono que manchas, si no abandonas á un pueblo á quien pierdes, no te llamaremos mujer pérfida, ni reina aleve, ni esposa adúltera; pero aunque se abran nuestras carnes, tendremos que llamarte madre cruel. Isabel de Borbon, no confíes en cuarteles, ni en torres blindadas; que al fin y al cabo no son otra cosa que inútiles estremos de un despotismo desesperado. No confíes en esas últimas boqueadas de tu tiranía, huye. Y si algun día estás pesarosa de los males que van á caer sobre tí, inclina la frente y esclama: *Yo lo he buscado; yo lo he querido.* Y añade despues: *por mucho que yo sufra, mas he hecho sufrir á un pueblo noble y virtuoso, como lo es el desgraciado pueblo español.*

¡ABAJO LOS BORBONES! ¡VIVA LA SOBERANÍA DE LA NACIÓN!!!

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta de EL CASCABEL,
Calle de las Hileras, núm. 4.

listas de esquinazo, ó sea de los que llenan con sus nombres las esquinas de la coronada villa, y excepto el del esquinazo, creo que no me ha de faltar requisito alguno de los que adornan á los que á este género de literatura se dedican, ni siquiera la supina ignorancia que resplandece en algunos de ellos.

Y vuelvo á la novela,—aunque tambien estas reflexiones, ajenas á la novela, son muy de rigor entre novelistas de fuste, vengan ó no vengan á pelo: pues, como ya he dicho, el caso es de llenar muchas cuartillas y muchos tomos. Debo advertirte, sin embargo, que esta novela no tendrá mas que un volúmen regular, que acaso pudiera suceder,—tal es mi desgracia,—que el público no me quisiera sufrir á mí lo que sufre de otros dignísimos compañeros míos.

Las palabras del sacristán no produjeron en la vieja el efecto esperado. La pobre estaba tan desengañada y desesperanzada del mundo, que ya no había amistad que la consolará, ni soñaba ventura alguna, ni tenía fé mas que en la misericordia de Dios, que en la otra vida le tendria en cuenta las amarguras que había sufrido en este mundo.

—Pues sí señora, añadió el sacristán, yo sé que va V. á tener una visita, y que hay quien se interesa mucho por V.

—Buenas almas hay todavía en el mundo, observó humildemente la anciana; pero á mí, ¿qué remedio me han de dar?... ¿Medarán mi hija...? Me darán la felicidad para mi nieta, para mi amor y mi tesoro...? Por mí nada necesito, nada quiero; pero ella... ¡pobrecita mía! sola en el mundo... sin su madre, sin su abuela...

—Me parece que está V. ofendiendo á Dios.

—¡Oh! no, Dios sabe que nunca quiero ofenderle, que en El solo espero, que todos los días le rezo por el alma de aquella pobre hija mía, que era mi consuelo, mi esperanza, mi alegría mi vida entera.

—Pues mire V., ahora poco, cuando hemos ido todos los del pueblo á ver al buey, hemos visto á un caballero, á una persona de forma, y que no debe ser ningún *quidam*, como dice el señor cura, y ese caballero parece que viene espresamente á verla á V., y en fin, él la verá y V. le dirá, que yo ni entro ni sal-

go... y me lavo las manos; pero, como es amigo mio, me he brindado á servirle de... como si dijéramos, de *entrepéte*...

—¿Es amigo tuyo? ¿Y quién es?...

—El caso es que no lo sé, porque él es un caballero muy reservado, y á nadie se franquea.

—Pero, ¿desde cuándo le conoces?

—Desde ahora.

—¿Y ya es amigo tuyo?

—Como sabe V. que tengo yo este don de gentes, que todo el mundo me quiere... por eso... en fin, él está á la puerta, y si V. quiere que pase...

—Sí, qué pase, yo no tengo por qué ocultarme de nadie...

—Que pase S. E., salió diciendo el sacristán al viajero.

Y éste entró en la humilde vivienda de la tía Torda, y detrás el sacristán, y como la puerta quedó abierta, á la puerta se agruparon todos los zánganos del pueblo, y no pocas mujeres, que habían dejado en casa á sus hijos desgañitándose por la falta de teta.

En la casa de la pobre vieja había poca luz, y la vieja tenía poca vista.

Entró el viajero, y la vieja levantó la cabeza y fijó sus apagados ojos en él, pero seguramente no distinguía sus facciones.

El viajero estaba tan conmovido, que no pudo articular una palabra, y hubo allí una escena muda que hizo abrir enormemente la boca á todos los testigos, escena que en una zarzuela hubiese dado ocasion á un coro, en el cual treinta ó cuarenta personas estarían un cuarto de hora cantando una misma cosa, por ejemplo:

Mudo ha quedado

el buen señor.

Es muy extraña

la situación.

Mudo ha quedado

el buen señor.

El sacristán fué el primero que rompió la armonía de aquella escena, y dijo al caballero:

—Esta señora es la señora doña Venancia Canilla, por mal nombre la tía Torda.

Y á esta pobre le dijo:

—Este caballero es el caballero mi amigo,

D... en fin, es el amigo mio de quien he hablado á V....

—¿Y qué quiere? preguntó la tía Torda, mientras acariciaba á la pobre Andrea, su nieta, que acababa de despertarse, y que estaba á los piés, y con la cabeza echada sobre las rodillas de la abuela.

La pobre niña se había dormido, cansada, despues de las emociones á que dió lugar la desgracia ocurrida á su infeliz amigo el simpático Canelo.

—Dice la señora, dijo el sacristán al viajero, qué quiere V....

—Lo que quiero es su perdon, dijo el viajero arrodillándose bruscamente á los piés de la vieja.

La niña se levantó asustada, viendo la estraña accion de aquel personaje, y la abue-

la fijó sus ojos, ó mejor dicho, los clavó en el semblante del que le demandaba perdon, y por un movimiento mas instintivo que determinado, retiró la mano que el caballero quería besar.

—¡Perdon! repitió el Excelentísimo señor amigo del sacristán veterinario.

Y entónces la vieja se levantó, y estendiendo sus manos con los dedos crispados, y fijando la mirada profunda y airada en el desconocido, gritó en un supremo esfuerzo:

—¡Ah! ¡eres tú!... ¡Tú!... ¡Infamia!...

Y no acabó la frase, porque cayó desplomada sobre el pavimento.

Y para que el lector no esté con cuidado, le diré que en aquel grito exhaló toda su fuerza vital la tía Torda. Cuando la levantaron estaba muerta.

